

ANECDOTA

MOCHILA AL HOMBRO

TERMINADA la escalada y como aún disponemos de tiempo, subimos a la cumbre del Aitz txiki. De allí, en vez de regresar por la senda, nos metemos a la barrancada para, finalmente, bajar veloces por las pedrizas de Usukobeta, llegando sudorosos a Atxarte, donde nos refrescamos en el riachuelo, y una vez aliviada la sed en la fuente nos disponemos a preparar la comida. Nos acomodamos bajo el arbolado, allí junto a la gruta y, ya todo dispuesto, mientras hierve el arroz nos sentamos tranquilamente.

Ha sido un día de calor y aquí, a la sombra, se siente uno a gusto. El murmullo del menguado torrente suena agradablemente en los oídos y la brisa que nos refresca zarandea suavemente las verdes hojas de las hayas que nos protegen del sol y de entre las cuales vemos los agrestes picachos que se recortan por encima de nosotros sobre el intenso azul del cielo.

Mientras comemos van llegando otras cordadas, con las que intercambiamos impresiones sobre nuestras escaladas, y allí, sobre la roca, junto a la fuente, se van amontonando las cuerdas, clavijas, estribos...

Comidos ya, se precisa fregar los cacharros. En el fondo de la cazuela ha quedado pegado bastante arroz y, en vez de rascar para limpiarlo, nos resulta más cómodo hacerla hervir con agua para que vaya soltándose ello solo y, sin más, ponemos agua del río hasta

media cazuela y con el butano en marcha nos tumbamos plácidamente a fumar y sestear.

Y así las cosas... cuando de pronto, sudorosos y hambrientos, regresan otros dos compañeros, uno de los cuales, a la vista de la cazuela, no puede contenerse y comenta...

—¡Jopá!, sopa de arroz, así cualquiera... sibaritas... sí, eso, sibaritas... yo también me apunto.

Mi compañero y yo nos miramos sorprendidos uno al otro, mas, reaccionando rápidamente, le contestamos:

—¡Bah!, no teníamos muchas ganas; eso nos ha sobrado. Ahora mismo íbamos a tirarlo.

Con terrible indignación nos suelta una sarta de improperios y añade:

—Tirar... tirar todo eso... ¡Gamberros!

Y cogiendo la cazuela y la cuchara se dispone a acomodarse a nuestro lado, mientras nosotros le decimos:

—¡Eh, espera! Tírale sal, que está muy soso.

—¡Sosos seréis vosotros!

Acto seguido comienza a comer... y comenta:

—¡Jopá! Está formidable.

Observo la mirada maliciosa que me dirige mi compañero, y los dos al mismo tiempo estallamos en una carcajada. El, que no comprende el motivo de nuestro regocijo, nos dirige una mirada terrible y, entre cucharada y cucharada, nos va mascullando:

—Tirar esto... ¡Gamberros!... Está formidable... Sí, está formidable...

Eli OJANGUREN.